

# DON MANUEL GÓMEZ-MORENO

A don Manuel Gómez-Moreno le conocí por primera vez en un viaje. Era el año 1933 y yo tenía poco más de veinte años. No es que coincidiéramos en un departamento de ferrocarril, en uno de esos encuentros casuales que, muchas veces, enredan las cosas hasta traer consecuencias no imaginadas ni imaginables. Encuentros ferroviarios que han servido por eso



Don Manuel Gómez-Moreno

mismo para urdir tramas literarias con mejor o peor fortuna. Nada de eso; ni nos encontramos por azar, ni ese encuentro, de producirse, hubiera tenido —creo yo— consecuencias, por la enorme distancia que separaba al insigne arqueólogo de un alumno de Arquitectura de los primeros años, tímido, insignificante y flacucho.

Todavía recuerdo el andén de la estación de Atocha, creo que a prima noche, cuando un tren se disponía a partir camino de Barcelona llevando en sus vagones un buen plantel de la juventud estudiosa de aquellos tiempos, principalmente alumnos de la Fa-

cultad de Filosofía y Letras, entonces en pleno auge bajo el decanato de don Manuel García Morente. A los pocos alumnos de Arquitectura que, por graciosa atención de la Facultad de Filosofía, nos incorporábamos a dicho viaje, nos acompañaba, para despedirnos, nuestro director, don Modesto López Otero. En el andén, don Modesto me presentó a don Manuel, y vi por primera vez su figura erguida, a pesar de su poca estatura; su perfil aquilino y enérgico, su barba ya casi blanca —tenía sesenta y cuatro años—, pero sus cejas todavía negras, que hacían más audaces e inquisitivos sus ojos de fuego. Su mirada me sedujo, lo mismo que la sonrisa levemente burlona y dubitativa de sus fuertes labios. Me sorprendió también el color atezado y como pavonado que daba a su piel calidades de bronce antiguo. La presentación de López Otero fue un cálido elogio del maestro, que él recibió con movimientos de cabeza que indicaban relativa perplejidad y una invitación a que yo siguiera sus pasos a través de todo el viaje, pues con nadie podría aprender más ni obtener mejor fruto. «Este señor —dijo López Otero— puede ser, y de hecho lo es, el maestro de todos nosotros, los arquitectos.» Creo que esto halagó a don Manuel, pues siempre se sintió entre los profesores de arte, entre los arqueólogos, como el más capacitado para entender los problemas específicos de la arquitectura desde su misma raíz, sin amedrentarse, como otros, del lenguaje, más o menos críptico, de planos, plantas, secciones y otros sistemas de representación gráfica de los arquitectos. Tres años antes había dirigido junto con el arquitecto Alejandro Ferrant la traslación de la iglesia de San Pedro de la Nave, problema que, como todos los del oficio canteril, le apasionaba.

Así, pues, fui presentado a don Manuel y así inicié aquel viaje en el mismo departamento que él, aunque, como es natural, el maestro se ocupó bien poco de mi modesta persona; no así María Elena, su hija, que también viajaba con nosotros y con la que rápidamente entré en amistosa comunicación.

Aquel viaje a Barcelona era el prólogo del bien conocido crucero por el Mediterráneo que, patrocinado por la Facultad de Filosofía y Letras y su decano Morente, tuvo lugar por todas las riberas del *Mare Nostrum*, visitando Túnez, Egipto, Siria, Palestina, Turquía, Grecia y el Sur de Italia. Viaje en verdad inolvidable para todos los que tuvimos la fortuna de hacerlo y del que algún día habrá que hacer la crónica puntual, con nómina de viajeros y anecdótico.

Recuerdo a don Manuel visitando la gran mezuquita de Kairuán, como quien visita una vieja casa

de familia cuya historia, detalles y singularidades se conocen a las mil maravillas. Eso que, como nosotros, era la primera vez que ponía los pies en el santuario de Sidi Oqba. Le vimos entusiasmarse con los azulejos que decoran el mihrab de Kairuán, que le confirmaban su tesis de que habían sido traídos de Bagdad y que respondían a la técnica refinada de los alfares abasíes, cuyas lozas describe con el entusiasmo que sólo un conocedor de estas sutiles técnicas puede experimentar. Hablando de su colorido, en una de sus obras nos dice: «Es una sinfonía de tonalidades, ya purpúreas sobre oro, ya aceitunadas y de castaña, con irisaciones de oro, azul y violeta, cambiantes; también un verde manzana y un azul de zafiro, que son un misterio.»

Luego, andando el tiempo, comprendí el grado de entusiasmo que le despertaron aquellos azulejos de Kairuán importados de la mágica Bagdad. El mejor conocedor de nuestra cerámica, de la de Elvira o de Benicarló, de la de Játiva o Manises, herederas de los misterios mesopotámicos, era natural que se extasiara ante aquellos venerables ejemplos.

Todo el viaje a la vera de don Manuel fue una constante lección que brotaba de sus inexhaustos conocimientos, aunque, a decir verdad, lo que más le calentaba (uso una expresión muy suya) era lo oriental. Cuando su entusiasmo se desbordaba era en las mezquitas, como en la de Aben-Tulum, de El Cairo, donde descubrió no pocos rasgos de andalucismo; en Santa Sofía, de Constantinopla, estudiando los imponderables mosaicos, y también en Tierra Santa, en la mezquita de la Roca y tantos otros sitios que ahora no recuerdo y que sería fatigoso enumerar. Siento que las características de aquel viaje no nos permitieran —ya fue bastante lo que se consiguió— hacer escala en Damasco, porque entonces hubiéramos llegado a uno de los puntos culminantes de tensión para el maestro y los discípulos.

Para nosotros aquel viaje fue una excursión ¿a través de qué?, a través de las rutas que él nos abría. Además de tantas otras cosas, siempre me ha encantado su trabajo *Excursión a través del arco de herradura*, por lo acertado de su título, que es sintomático y revela muchas cosas de lo que fue el magisterio de don Manuel. La palabra excursión estaba en boga cuando, el año 1905, se escribió ese ensayo. Pero yo veo a Gómez Moreno como el gran excursionista de España, el que no dejó un rincón por conocer, desde su nativa Granada, desde esa Andalucía omnipresente en su obra, hasta la lejana Galicia, a la que, por cierto, tuve el gusto de acompañarle, allá por el año 1953, conduciéndole en mi coche, en un viaje de un tirón desde Madrid a Santiago que hubiera fatigado a cualquier joven. Fue el motivo de nuestro viaje contemplar las entonces recientes excavaciones que se habían hecho en el subsuelo de la catedral compostelana. Viaje delicioso en el que don Manuel hizo gala de su buen apetito y honor a los vinos regionales.

Todavía hice con él viajes más cortos, alguno a Toledo para estudiar la restauración del castillo-palacio de Galiana. En estos viajes pude comprobar lo justo de aquellas palabras de Sánchez Cantón: «Llevarle a un pueblo viejo o a un campo en ruinas, por arriscadas que sean y fatigara al mozo más fornido, escalando cerros y torres, descolgándose en cuevas y criptas, removiendo piedras, tuestos, cerámicas o huesos de difuntos, ya prehistóricos o históricos, rebuscando y descifrando epígrafes y documentos, anotando y croquizando en octavillas con letras microscópicas cuanto sus ojos ven, cuanto palpan sus manos, con olvido del reloj y de las urgencias físicas...»

Esto es el verdadero excursionista, o por lo menos el ideal inalcanzable del excursionista, algo muy distinto del trivial turista de hoy.

Su obra prodigiosa nace de esta constante auscultación de la realidad, persiguiéndola allí donde se encuentre como un detective en busca de rastros, por enigmáticos que parezcan. Sus mismos escritos tienen algo que semeja a la crónica de ese rastreo, y son como relatos de excursionista en los que va quedando, por una parte, la narración de los hechos y experiencias y, por otra, la actividad interpretativa de su mente. Algo muy distinto de la obra del erudito libresco.

Si leemos las notas para un *curriculum vitae* preparadas por Domingo Sánchez Mesa y publicadas en el *Boletín de la Universidad de Granada* (vol. XXXI, 1970), nos daremos cuenta de su increíble actividad viajera, y eso que allí no figura sino una parte. Tomemos un año al azar, el 1906: «Se comienza la exploración de la provincia de León en julio de este año. Astorga le merece especial interés. Aporta trascendentales noticias y monumentos para toda la región del Bierzo. En este año y en el siguiente realiza viajes por Galicia y por las provincias levantinas.» Valencia no está, como ninguna región española, ausente de su interés, como lo prueban sus estudios de las pinturas levantinas prehistóricas, su transcripción de los plomos de Alcoy y Castellón, sus numerosos estudios sobre la cerámica de reflejos metálicos, etcétera.

Y sigo con mis recuerdos personales. Después de aquel crucero por el Mediterráneo, perdí de vista a don Manuel, pues no existía ningún motivo ni tenía títulos para distraerle. Pero llegó la guerra y otra vez las circunstancias de la vida me llevaron a él. Yo había terminado la carrera, y en aquellos años del Madrid sitiado contemplaba, como tantos otros, las destrucciones y depredaciones que sufría nuestro tesoro artístico; unas veces, por el inevitable ramalazo de la guerra, bombardeos, incendios, saqueos; otras, por la incultura y la desidia; otras, por el odio y la vesania. ¿Quién podía parar aquel alud? Era para desesperarse; pero unos con un criterio, otros con otro, con unas o con otras armas, muchos vecinos de Madrid lucharon por salvar nuestro tesoro artís-

tico. Don Manuel fue de ellos, aunque mucho de aquella labor heroica haya quedado para siempre sepultado en el olvido, del que nos tenemos nadie la va a sacar. Don Manuel sabía mucho de aquellos afanes, y con su muerte se ha perdido un testigo excepcional. Nosotros, y al decir nosotros me refiero a dos o tres personas, trabajamos al servicio de don Manuel, rescatando tesoros en trance de perderse. Recuerdo que un día me dijo: «Hay que buscar el *Milagro del Pozo*, de Alonso Cano, que debe de andar por el convento de las monjas del Sacramento.» Allá nos fuimos; me parece que el convento estaba ocupado por una organización comunista, una radio o círculo local. Entramos presentando unas credenciales, que en el fondo eran poca cosa, algo del Colegio de Arquitectos. Con dotes persuasivas, que nos parecieron más propias del caso, nos introdujimos en busca de anticuallas que a ellos no les servían de nada y que podían figurar el día de mañana en un museo del pueblo. Allí, en un desván, entre trastos viejos, polvoriento y sucio, apareció el lienzo de Alonso Cano, y nuestra alegría y luego la de don Manuel fueron inmensas. Hoy este lienzo está en el Museo del Prado, en lugar de honor, y nosotros no mentimos a los ingenuos milicianos, porque el Museo del Prado es un museo del pueblo.

En el Mediterráneo descubrí al arqueólogo orientalista; en Santander luego —porque me olvidaba que en el verano de 1936 coincidimos en la Universidad Internacional de Santander, él como maestro y yo como discípulo— y en Madrid después, al profesor, al ameno conferenciante y al experto en catalogar y atribuir. En Santander, cuando no podían darse los cursos que se habían programado, porque la guerra impedía la llegada de los profesores extranjeros, Gomez Moreno suplía sus clases improvisando de una manera admirable: «¿De quién quieren ustedes que les hable hoy, de Berruguete, pues de Berruguete»; otro día era de Velázquez o del Greco, o de quien fuera, y siempre sus clases eran amenas, entretenidísimas.

En Madrid pasamos grandes apuros, pero nos confortaba mucho el aliento del maestro y el sentirnos útiles y el rescatar cientos de cosas que, abandonadas, hubieran ido a una destrucción cierta. Recuerdo que salvamos, con gran esfuerzo físico, toda la escultura de la iglesia de San Fernando (Escuelas Pías), obras notables del siglo XVIII, de escultores como el aragonés Juan Adán, los valencianos Esteve, Piquer y López, el castellano José Guerra, etc. Sacamos a todos los santos en unos camiones prestados por el Colegio de Arquitectos y desafiamos las iras del pueblo de Lavapiés con no poco riesgo. Don Manuel se reía de las cosas que le contábamos, porque durante la guerra, a pesar de las desgracias que se abatieron sobre él, tenía un humor y un temple admirables.

Vinieron luego los años de la postguerra, la cuarta etapa de su vida, la que él llama de retracción in-

dividual. Vive en su casa de la Castellana, y en torno a su cuarto de trabajo giran todas sus actividades; allí acuden todos sus discípulos, todos los que buscan consejo, los arquitectos que dudan ante una restauración difícil, los anticuarios que se encuentran con una pieza inclasificable, las visitas, los familiares y deudos. Su casa siempre está abierta, y el infatigable investigador, sentado en su mesa de estilo español sobrio, que desbordada de papeles, de pruebas de imprenta o de extrañas pizarras ibéricas, recibe un halo de luz verdosa que desciende de una tulipa de este color. Los atardeceres son los más propicios para la comunicación con las personas de fuera que acuden de todas partes. Mientras se discuten arduos temas de arqueología, de epigrafía o de numismática, sueña el piano como un acompañamiento afable, que es como la presencia discreta e inspirada de doña Elena, su esposa.

La atmósfera, muy singular, de estas tardes propicias para el estudio y para la tertulia en familia, la recuerdo muy bien porque he vivido dentro de ella, a veces en etapas largas y continuas. El año 1941, don Manuel publicó uno de sus libros ejemplares, uno de sus libros que, como rayos de luz, iluminan parcelas decisivas de nuestra historia artística. Este libro, *Las Águilas del Renacimiento*, me lo sorbí de cabo a rabo con ansiedad, por estar entonces entregado a los mismos temas. El Renacimiento, la arquitectura del siglo XVI me interesaban entonces especialmente. El libro de don Manuel era un festín. Don Manuel entró al año siguiente en la Academia Española. Ya era académico de las tres corporaciones eruditas de más alcurnia y prestigio, y su vida, centrada en su casa de la Castellana, encontraba sus expansiones periódicas en las tres Academias, a las que era asiduo. Los lunes, en San Fernando; los jueves, en la Española, y los viernes, en la de la Historia, eran sus salidas consabidas, lo mismo que las tardes del domingo, que dedicaba a la tertulia del Instituto Valencia de Don Juan. Pero, a pesar de estas salidas, uno podía ir a su casa en la seguridad de que, hacia las ocho y media, reaparecía y tendría todavía tiempo que dedicarnos.

El ingreso en la Academia Española reaviva su interés por las lenguas hispánicas, que muchos años antes se había despertado con motivo de la interpretación del plomo de Alcoy. Después de su discurso de ingreso en la Academia, publicó, al año siguiente, en el *Boletín* de la de la Historia, un estudio sobre la escritura ibérica, donde trató de definir los alfabetos ibéricos y tartesios, de este fabuloso imperio tartésico, que hacía llegar hasta la divisoria del Júcar por Albacete y Villena. Más o menos, yo fui testigo de aquellos tan arduos estudios; pero cuando, dejándome llevar de la curiosidad, miraba sus papeles y los calcos minuciosos que hacía de las pizarras pobladas de signos ininteligibles, me los retiraba con sorna y me decía: «Bueno, bueno, ¿tú qué sabes de esto? Vamos

a lo nuestro.» Y a continuación volvíamos a la arquitectura, a Machuca, al palacio de Carlos V —que tanto le obsesionaba—, a Siloé o a Vandelvira.

En una ocasión, sería pocos años después, me dijo que tenía unos papeles donde había copiado los libros de fábrica de la construcción de la catedral nueva de Salamanca, y que seguramente nunca aprovecharía ni publicaría. Había realizado esta labor cuando trabajaba en el *Calálogo Monumental de Salamanca*, tantos años inédito y que, por cierto, luego ha sido la última obra publicada en su larga vida, que lleva la fecha de 1967.

De aquellos años de Salamanca, entre 1901 y 1903, guardaba muy buenos recuerdos y todavía se le iluminaba el semblante cuando evocaba sus pláticas con Unamuno y con el padre Cámara, personalidades muy distintas, pero a las que se sentía por igual fuertemente atraído.

Con no poco temor acepté el reto que me ofrecía don Manuel y me puse a trabajar sobre los papeles de la catedral de Salamanca. Iba por las tardes a su casa y le consultaba los problemas que iban surgiendo, y así fui, teje que teje, dando forma a mi futuro libro sobre la catedral nueva de Salamanca, que apareció, publicado por la Universidad salmantina, en 1951.

Lleva este libro un preámbulo del maestro, breve, pero enjundioso. Yo se lo dediqué, pues el libro debía volver a aquel de quien partió. Parece que mi trabajo no le desagradó, pues si no hubiera sido así, no se hubiera recatado en decirlo. Yo tenía mucho miedo. Era un trabajo de erudición ceñida y rigurosa, y no podía andarse uno por las ramas, cosa que quizá he hecho algunas veces llevado de mi deseo de teorizar y de interpretar.

Creo que hubiera podido repetir algo parecido basándome en los muchos materiales que durante su vida había acumulado, ayudándole a dar forma a sus múltiples apuntes, pero no lo hice, y me pesa. Don Manuel era una cantera inagotable y necesitaba operarios para explotarla. Ciertamente que los tuvo, pero podía haber tenido muchos más y a ninguno le hubiera faltado alimento.

Esto no quiere decir que, después de este trabajo de aprovechamiento de sus fuentes directas, no siguiera en estrecho y cercano contacto con el maestro, al que siempre tuve, junto con Torres Balbás, como los guías más seguros y como los hombres hacia los cuales se enderezaba mi afecto más hondo. Mis restantes trabajos no dejaron de pasar bajo el haz de su mirada ardiente e inquisitiva y, aunque muchos debieron de parecerle fruslerías intrascendentes al investigador, siempre los contempló con una benevolencia paternal. Me decía María Elena, y esto es para mí motivo de inefable consuelo, en medio de la tristeza que nos produjo su partida, que uno de los libros que le distrajeran en sus últimos días fue uno que lleva dibujos míos de Roma ilustrando un texto de Dionisio Ridruejo. Dibujos de esa Roma que llevaba en el fondo del alma desde que, en 1879, acompaña a su padre a la Ciudad Eterna, y a los nueve años se despierta su vocación de toda la vida.

Al final de estas desordenadas notas me doy cuenta de que he introducido con exceso en esta semblanza demasiados aspectos de mi modesta biografía personal. Me disculpo por ello, y no encuentro otra justificación para este desliz que el haber querido dar en lo posible autenticidad y viveza a mi relato.

FERNANDO CHUECA GOITIA